

EXPOSICION CONMEMORATIVA

**XV ANIVERSARIO DE LA
ASOCIACION NACIONAL DE
AGRICULTORES PEQUEÑOS**

ANAP

Dirección nacional de Museos y Monumentos

CONSEJO NACIONAL DE CULTURA

1976

El repaso de un texto de tan rica sustancia como sobre los movimientos por una poesía cubana hasta 1856, de Samuel Feijóo, hace patente la disparidad de rumbos y propósitos, durante ese lapso de tiempo, de la poesía y la pintura en Cuba. Esta va a la zaga de aquella. Dice Feijóo: "Firmemente los poetas de la primera mitad del XIX van acarreando los elementos de una poética llena de atmósfera y música cubanas. "Y más adelante: "La cubanidad literaria cobra mayor cohesión y adviene como sistema. Se acomete con firme ambición, para lograr escuela ya, la figura poética de la Isla, como suprema temática, y aparecen como grandes preocupados por la fortuna y destino de la poesía cubana Domingo Delmonte, Francisco Pobeda, Ramón Vélez Herrera, Fornaris y el Cucalambé."

Sin olvidar las peculiaridades de ambas formas de expresión, ¿podrían extenderse a la pintura los anteriores conceptos de Feijóo sobre la poesía? Evidentemente no. No es esta la ocasión de dilucidar plenamente el tema pero, pueden apuntarse algunas notas diferenciales. Ante todo, esa voluntad cubanizante, deliberada y consciente, que agrupa y cohesiona un grupo de poetas hasta constituir un movimiento, es desconocida en la pintura. Por otra parte, frente a esas figuras poéticas, de indudable relieve las más, ¿dónde están los pintores equivalentes?. No es hasta la segunda mitad de la centuria que puede Cuba presentarlos y siempre serán figuras aisladas, inconexas, girando en órbitas individuales, sin comunidad de metas y propósitos.

Desde sus inicios, la naturaleza y el hombre insulares ocupan la atención de los poetas cubanos del XIX como vehículo temático de una incipiente, ansiosamente buscada, nacionalidad. El campo y sus habitantes vistos desde la ciudad, como en Delmonte, por ejemplo, o desde sus adentros como en El Cucalambé, pero en uno y otro caso con una esencial coincidencia de afirmación cubanizante. No podría decirse lo mismo de las primeras imágenes del campesino ofrecidas por las artes plásticas en nuestro país. Y no podría decirse lo mismo por una razón obvia: estas primeras imágenes son obras de extranjeros, producto, por tanto, de otras ópticas y otros propósitos. Un francés Federico Mialhe, y un español, Víctor Patricio Landaluze, ejemplifican esas visiones primeras del hombre del agro.

Mialhe nos entrega en sus litografías, de manera documental, objetiva, lo que ante sus ojos aparece. No le interesa el campesino como ser humano, problemático, sujeto a tales o cuales contingencias sociales. El campesino suyo es siempre actor de una escena pintoresca, ente pintoresco él mismo, raras veces protagonista único, casi siempre, por lo contrario, personaje coral. Landaluze es eso y algo más. Mialhe es diáfano, claro, directo. Landaluze es ambiguo, conflictivo, bifronte. Por ejemplo, *El gallero* de Mialhe es una simple nota costumbrista. No dice más de lo que quiere decir. Pero, ¿y *El mayoral* de Landaluze? ¿Puede ser también una simple nota costumbrista un cuadro de cuyo personaje protagónico se desprende ese aliento siniestro? Ese mayoral es un instrumento de muerte. ¿Lo vio así Landaluze y nos lo dice? ¿Dice el cuadro más de los que quiso decir el pintor? Landaluze fue, en lo político, ferozmente anti-cubano, cerrilmente reaccionario. Pero ¿a quién, más que a España, denigra ese cuadro?

En términos generales, puede decirse que la visión epidérmica del campesino tendrá una dilatada persistencia en la pintura cubana. Planteada ya, en términos de lucha armada, la antinomia Cuba-España, el tratamiento pictórico del tema campesino subsiste ajeno a la contienda. De entelequia costumbrista el campesino pasará a simple componente del paisaje. Cuando en la segunda mitad del XIX florece el paisaje

en nuestra pintura, el acento nacionalista recaerá en el paisaje como tal, no en el habitante de ese paisaje.

Miguel Arias y Gonzalo Escalante representan este momento en la muestra presentada. No es esencialmente distinta la versión del campesino cubano de Armando Menocal: renueva un tanto la imagen costumbrista o sumerge en el paisaje, como un elemento más, la figura del hombre.

De la colonia a la neo-colonia, la transición es casi imperceptible. La pintura languidece en un círculo vicioso de repeticiones infinitas. El alza revolucionaria de los años 30 hará estallar el círculo. Hay, desde luego, una ruptura formal y una nueva actitud en el pintor. En muchos casos esta nueva actitud no conllevará una verdadera profundización en el tratamiento del tema campesino. Será más una intención que una realización.

Finalmente, vino la Revolución a devolver al hombre del agro su condición humana. Y tal como aparecen en las obras de Adigio Benítez y Servando Cabrera los campesinos tomaron el rifle para ser forjadores de esa Revolución. La Revolución que propicia el surgimiento y expansión de un talento joven como Nelson Domínguez y abre ante él y ante todos un camino de realizaciones insospechadas.

Jorge Rigol

**EXPOSICION CONMEMORATIVA
XV ANIVERSARIO DEL ANAP
OBRAS DEL CATALOGO**



Federico Mialhe, 1810-1881.

“Cafetal la Ermita en las lomas del Cusco”

De la serie **Islas de Cuba pintoresca**, 1839-1842.

litografía 215 x 280 mm

Miguel Arias, 1841 (?) - 1915.

Paisaje

óleo/tela; 76,5 x 43,5 cm

Gonzalo Escalante, 1865-1939.

Paisaje

óleo/tela; 28 x 20 cm

Armando Menocal, 1853-1942.

Paisaje

óleo/tela, 27 x 42 cm

Eduardo Abela, 1885-1965.

Luisa y Carola, 1915

tinta, pastel y creyón/papel; 430 x 340 mm

Carlos Enríquez, 1900-1957.

Campesino a caballo, 1956

tinta/papel couché; 366 x 285 mm

Arístides Fernández, 1904-1934.

Pareja a caballo

acuarela y tinta/papel; 185 x 235 mm

René Portocarrero, n. 1912.

Paisaje no. 9, 1944

óleo/cartón; 80 x 63 cm

Mariano Rodríguez, n. 1912.

Guajiro con gallo, 1943

tinta/acuarela/papel; 357 x 279 mm

Adigio Benítez, n. 1924.

Guajiro armado, 1959

óleo/tela; 98,5 x 79,5 cm

Servando Cabrera Moreno, n. 1923.

Miliciano, 1964

tinta/papel; 647 x 463 mm

Nelson Domínguez, n. 1948.

De la serie **Los rostros de mi isla, 1975**

pastel/papel; 754 x 550 mm

